

El escritor se aproximó, tomó la mano de la condesa, y murmuró dulcísimamente :

— Sí, señora — ya sabe muy bien que sí. Pero lo que yo pido no es lo que usted me ofrece. Usted, por una contradicción muy femenina, me brinda lo que sabe que no puedo aceptar. Y se preocupa de vigorizar mi cerebro y de alimentar mi fantasía creadora, teniendo á mano el medio más seguro de realizar tales deseos. No necesito descansar en el trabajo á una hora determinada; necesito la fiebre de producción ardorosa y sin tregua. No quiero de usted el derecho para ser perezoso... Déme lo que con tanto y con tan impaciente deseo aguardo, y no se preocupe por más. En la felicidad y en mi amor propio de artista encontraré alientos bastantes para escribir esa obra maestra que usted apetece. Pero esa obra no la conseguirá de mí con dinero, sí con amor.

La atrajo á sí y la estrechó entre los brazos. La Marquesa se separó con firme resolución, y mirándolo altivamente :

— ¡Ah! ¡Mire por donde acaba usted siempre! ¡Por formular exigencias vulgarísimas! Cuando le he dado y le doy lo mejor de mí, me pide mucho menos, y, si me niego, me dirige censuras.

Treillard palideció levemente, y moviendo la cabeza con despecho :

— Sí, le dirijo censuras, porque usted me engaña constantemente. Se complace excitando mi pasión, y, cuando le pido que me quiera, inmediatamente me

demuestra frialdad, haciéndome entender que soy muy osado al pretender familiaridades. ¡Eso es, por lo visto, darme lo mejor de usted! ¡Realmente eso es poquísima cosa! ¡Es usted menos rigurosa con otros, y guarda todas las severidades para mí!

— ¿Qué quiere usted decir? — exclamó la Marquesa, con irritación que no trató de disimular.

— Lo que habitualmente se cuenta en los salones de usted, y en los de sus amigos.

— ¿Que tengo un amante?... Ya ve como no retrocedo ante la palabra...

— ¡Se afirma que tampoco retrocede usted ante los hechos.

La Marquesa continuó con audacia :

— Y ¿se sabe el nombre del favorecido?

— ¡Naturalmente! Se sabe el nombre. Es el barón de Roize.

Palpitando de ira, la dama se puso en pie.

— ¿Y aun cuando así fuera?...

El escritor se mordió los labios, castañeteó nerviosamente los dedos, y devolviendo golpe por golpe :

— En ese caso, señora, habría usted sabido procurarse, á la vez, lo útil y lo agradable. Este humildísimo servidor, para el trabajo; y, ese afortunado galán, para el placer. ¡Mis enhorahuenas más sinceras!

Ante el restallante latigazo de la réplica, brillaron lágrimas en los ojos de la Marquesa.

— ¿Ese es el caso que hace usted de mí? — dijo con trémulo acento.

— ¿ Puedo hacer más caso de usted, que usted misma ?,...

— ¡ Me ultraja usted con refinamiento !

— Y usted me tortura con sensualidad. Hace un año que me lleva y me trae como á un perro, y estoy obligado á contentarme con las minúsculas distinciones que se digna otorgarme, so pena de recibir un coscorrón cuando quiero emanciparme. ¡ Bueno ! ¡ Basta ya ! Me he cansado y he resuelto no seguir desempeñando ese papel. Comprendo que, en el fondo, me desprecia usted y que los halagos que me dispensa son pura hipocresía. Mire, no pasemos adelante. Usted me ha tomado un año de vida, haciéndome figurar en los salones de esta casa y llevándome al gran mundo, donde me he aburrido y me he hallado fuera de mi sitio. Renuncio á continuar siendo juguete de usted. Adiós señora. Quédese con sus amigos, yo vuelvo con los míos. Demasiado tiempo y demasiado vilmente los he abandonado.

La condesa sonrió con acritud :

— ¿ Va usted á casa de la señorita Florisa Barel ?...

— Sí, señora, voy á casa de Florisa Barel, de la mujer de gran corazón y de gran entendimiento, que me perdonará la traición que he cometido, y me devolverá la tranquilidad.

La Marquesa le señaló la puerta :

— ¡ Márchese, pues ! ¡ Pero acuérdesse de que sale para siempre, para no volver á entrar.

— ¡ Cuento usted con ello !

Furioso, tambaleándose, tropezando con los mue-

bles, se dirigió hacia la puerta, cuando la dama, volviéndose, le gritó con acento imperativo :

— ¡ Andrés !

Se detuvo en el acto, y la miró lleno de turbación. La Marquesa le tendía vagamente los brazos. Con ardoroso apresuramiento, devorándola con los ojos, se lanzó hacia ella. La señora de Sortais le tomó las manos, que ya trataban de oprimirla en abrazo de triunfadora audacia, y le hizo inclinarse.

— ¡ Bueno ! - le dijo, con gesto afligido. — ¿ Esa es toda la benevolencia que me concede ?.. Afirma que me ama, y jamás me tolera el menor capricho. Se juzga esclavizado por mí, y me obliga á no tener más voluntad que la de usted. ¿ Sería yo mujer si aceptase semejante tiranía ?... ¿ Experimentaría usted interés por mí, si me dejase tiranizar ?... Pero, por lo visto, usted sólo pretende realizar sus orgullosos caprichos, y es preciso que yo me doblegue y que me resigne á sacrificar dignidad y pudor. Ni aun siquiera me concede el derecho de defenderme contra mí misma, ya que ¡ ay de mí ! me encuentro muy de acuerdo con usted...

— ¡ Oh ! ¡ Piense lo que dice ! — interrumpió el escritor, levantando hacia su amiga el rostro inflamado. — ¡ Acaba usted de hacerme una confesión, y de contraer un compromiso !

Sonrió la dama, colocó la mano en la frente de Treillard, le hizo inclinar más la cabeza, y nuevamente desplegando su coquetería :

— Nunca quiera usted hacer valer como dere-

chos mis concesiones. Confíe en mí y esté seguro de que obtendrá mucho más mostrándose sumiso, que rebelándose, como hace un momento. Ya sabe que usted me gusta muchísimo...

— Le gusto á usted, pero es lo mismo que si no le gustara...

— Es usted muy impaciente.

— Todos, menos usted podrían asombrarse de ello.

— ¿ Quiere usted comprometerme ?

Treillard replicó atrevidamente :

— Sí, señora, y le prevengo que procuraré hacerlo. Para que yo continúe aquí, es preciso que despidas usted á todos sus galanes, y que me deje libre el campo. Verdaderamente resulta algo humillante para una mujer como usted rebajarse á desempeñar el papel de señora bella, y á jugar á las muñecas en los salones. ¡ Usted vale y sirve para mucho más !

— Mi querido amigo, le ruego que no juzgue mi situación desde el punto de vista literario. Tengo obligaciones de parentesco y de amistad, con las cuales no puedo romper, cual usted deseara. La literatura es un accidente en mi vida. No he nacido para ser una escritora, sino para ser una dama de la aristocracia. No es posible modificar el rumbo de la existencia, desde el principio hasta el fin, con la misma facilidad con que mudamos de casa ¿ Cree usted que todo quedaba arreglado con abandonar el barrio de San Germán, para irme á vivir á la Calle de Drouot ? Las cosas no son tan sencillas, en la realidad. Tengo

muchos miramientos que guardar con los de mi clase. Por mucho que usted hable, no logrará simplificar las dificultades. Ya he conseguido no poco, logrando que me acepten con mi bagaje literario. ¡ No hay que forjarse ilusiones ! En la sociedad á que pertenezco, escribir está muy mal visto. Los ilustres ejemplos del pasado no han concluído con los prejuicios; y, aun cuando la señora de Sévigné haya escrito cartas, y la señora de Lafayette haya escrito novelas, á juicio de muchas persona del gran mundo, prosigue siendo degradante el oficio de escritor. Apenas si logramos que nos toleren, y aun para esto hay que alardear de profundo desprecio hacia los profesionales. ¡ Bonita combinación haría yo, echando de mi casa á mi amigos, para no recibir más que á usted y á los amigos de usted ! Sería, sencillamente, perderme ; y estoy segura de que no desea mi perdición. Tenga, pues, paciencia ; déjeme arreglar, poco á poco, mis asuntos y ábrame crédito de un poco de cariño, con mucho de abnegación.

El literato movió melancólicamente la cabeza.

— ¡ Ah ! usted sigue hechizándome con palabras muy dulces y, sin embargo, muy engañosas. Sacudiendo violentamente mi cadena, sólo hubiera obtenido como resultado apretarla más. Procede usted con demasiado juicio, para sentir cariño. Si se propone continuar haciéndome sufrir, devuélvame la libertad. Eso será más generoso, más digno de usted y de mí.

— No, de ningún modo. Me quedo con mi grande

hombre. Lo necesito muchísimo ¿ Dónde iría yo á parar, sólo entre los ociosos y los indiferentes ? ¿ Quién me comprendería y alentaría ? ¡ Me veo tan envidiada después de los primeros éxitos que he obtenido ! Es preciso que conserve ánimos para lograr nuevos triunfos. Y ¿ cómo iba á lograrlos, si usted falta de mi lado y no me ayuda con sus valiosísimos consejos ?...

Así hablando, había colocado la mano sobre las cuartillas del manuscrito, que aun estaba abierto en la mesa ; parecía como si quisiera recordar las promesas hechas por el escritor. La lealtad profesional del literato le hizo sobreponerse á los desengaños amorosos. Comprendió muy bien que la dama abusaba de él, en aquel instante, y que, tal vez, lo engañaba. Pero Treillard había adquirido el compromiso, en un momento de abandono, de auxiliar á la Marquesa hasta que el libro se pusiese á la venta. No quería faltar á lo ofrecido. Tomó los cuartillas, las reunió y, con movimiento rápido, se las guardó en el bolsillo :

— Tiene usted razón. Debo asegurar el buen éxito de este libro. Voy á revisar las cuartillas, despacio, en mi casa. Muy pronto se las devolveré á usted, para que pueda mandarlas á imprimir.

Había cambiado completamente de actitud y de fisonomía. Hablaba con voz velada, con gesto de cansancio. Tenía ensombrecida la mirada, y contraídas las facciones. Dijérase que había envejecido. Miró al reloj de pared, y dijo :

— Las seis. Tengo que irme al periódico. Dispénsese, Marquesa, que deje á usted.

— ¿ Pero no me acompañará á comer ?..

— Muchas gracias. Es imposible,

— ¿ No nos veremos esta noche ?..

— No, señora. Tengo que trabajar para usted y para mi. Me propongo velar mucho.

— Pero..., ¿ vendrá usted por aquí, mañana ?...

— Seguramente. A última hora de la tarde.

— ¡ Con qué frialdad me habla usted !

— Más vale así. Mis palabras están más en consonancia con nuestra situación real. ¿ Para qué voy á decir ternezas ? Para perder el tiempo, pues ya veo que no me sirven de nada. Además pedirme que siga hablando tiernamente, cuando usted se halla resuelta á tratarme con indiferencia, sería el colmo del más odioso diletantismo. Y, de ningún modo, podría yo prestarme á ello.

Mimosamente, graciosamente, la Marquesa se le acercó :

— Confiese que le gusta tratarme brutalmente y que encuentra una sensación agradable al ver que me doblego ante usted.

— Sería el desquite de lo que usted me hace sufrir en sus salones. Aquí en el gabinete de trabajo, soy el amo. En saliendo por esa puerta, ya no soy más que un pobre esclavo. Pero, desengáñese, si me cree víctima ó juguete de los encantos de usted. Disfruto, porque tengo la flaqueza de encontrar exquisitos los dulces adulterados. Soy como algunos beodos, que

conocen el grado de nocividad de los venenos que consumen pero que, no pudiendo prescindir de ellos, beben hasta morir,

La dama principió á reir :

— ¡ Vamos ! Mis filtros no son peligrosos, porque usted, á pesar del tiempo que lleva tomándolos, disfruta de buenísima salud. Continúe intoxicándose, mi querido amigo. Ya volveremos á hablar de esto, dentro de veinte años.

Inclinóse profundamente el escritor ante la Marquesa, y, sin contestar, se marchó.

Apenas había acabado de salir, cuando se abrió la puerta y una doncella se presentó. La señora de Sortais, que estaba arreglando los papeles de la mesa en la cual había trabajado con Treillard, levantó la cabeza y preguntó :

— ¿ Qué ocurre, Julia ?..

— He visto salir al Sr. Treillard, y vengo á advertir á la señora Marquesa que el señor de Roize está en el salón.

— Acompáñele hasta aquí.

La Marquesa se colocó ante el espejo, se arregló los cabellos, tomó una borla de una cajita de oro, se extendió una capa de polvos rosados sobre las mejillas, se quitó las arrugas del traje, y, viendo entrar al barón de Roize, se volvió sonriente, tranquila, con las pupilas gozosas :

— ¡ Ah ! Venga, amigo—dijo, tendiéndole las manos al visitante. — Llega usted muy á punto para cambiar el rumbo de mis ideas...

— ¿ Luego era malo ? ¡ Qué cosa tan rara !

— No me hable de mis trabajos ; estoy descorazonada. Hábleme de frivolidades, de vulgaridades, de naderías...

— ¡ Ah ! ¿ Quiere usted hacer una escapatoria y encanallar la inteligencia ? ¡ Eso corre de mi cuenta !

El barón de Roize se plantó ante la señora de Sortais ; con un movimiento gracioso, le levantó los brazos hasta la altura de la cara, la miró complacido, y sonriendo :

— Marquesa, usted es bella ; maldito si tiene el aspecto de una literata ; merece que se la ame por sí misma, dejando á un lado novelas y poesías. Resulta una indiscreción, siendo tan encantadora, querer, por añadidura, ser célebre. ¿ Qué deja usted á las demás mujeres, que sólo tienen ó entendimiento ó hermosura ?.. La lucha es desigual y usted fatalmente las derrotará. Pero no abuse del triunfo, para maltratar á los que por usted suspiran, y de los cuales yo soy el más indigno.

La Marquesa hizo una mueca de desagrado :

— ¿ Qué monserga es esa ? Siéntese junto á mí, y, lisa y llanamente, sin discursos enfáticos, dígame que me ama.

El joven la abrazó, sin encontrar resistencia. La Marquesa se dejaba estrechar contra el pecho del guapo mozo. Con los ojos entornados, permaneció algunos instantes apoyando la cabeza en el hombro del galán ; luego, desprendiéndose blandamente :

— ¿ Qué ha hecho usted hoy, Mauricio ?

— He almorzado en el Club; después he ido al Bosque, al Tiro de pichón, y aquí estoy. Como usted vé mi vida es poco variada.

— ¿Comerá Ud. conmigo? Estoy sola. El Marqués pasará en Soloña toda la semana.

— No. No comeré aquí, Pero vendré á las ocho, y, si usted quiere, nos divertiremos un rato. Iremos á cualquier teatrúcho de Montmartre, para oír indecencias y ver horrores...

— Tengo mi localidad de abono en el Francés...

¿No sería mejor aprovecharla?..

— Oh! ¡ No! ¡ Gracias! Me en contraría con toda mi familia. Se lo ruego... ¡ evítame el suplicio del martes de moda! Tengo la seguridad de que se representa una cosa en verso...

— Es usted muy poco amigo de la literatura, mi querido Mauricio. ¡ Se aterra ante la idea de verse obligado á hacer un esfuerzo para admirar!

— Sí, Marquesa, no quiero hacer esfuerzos, después de comer. El médico me lo prohíbe. Deseo un espectáculo digestivo y sedante... Canciones sin ritmo, música conocida... Después de esto... ¡ se duerme!

— Bueno. Iremos donde usted quiera. Pero ¿no se marchará, todavía?

— De ningún modo; acabo de llegar... Y, dígame ¿ qué ha hecho usted desde esta mañana?

— ¡ He trabajado!

— Habrá usted hecho alguna nueva obra maestra.

— ¡ Qué sabe usted!

— Repito lo que leo en los periódicos; porque

yo, ya me conoce, no entiendo ni una palabra de literatura. Admiro fervorosamente todo lo que usted escribe, pero es porque amo á usted.

— ¡ Perfectamente! Es lo que más me agrada.

— ¿ Ha tenido usted aquí á su Treillard?

— Sí, aquí ha estado mi Treillard, como Ud. dice.

¿ Tiene la desgracia de no agradarle?...

— ¡ Oh! ¡ Dios mío! ¡ No! Desde el momento en que le es útil á Ud. lo soporto. Pero, no creo que me considere persona grata.

— ¿ Por qué dice usted eso?...

— Porque me mira con pupilas centellantes, que no revelan cariño. Hablando con franqueza, pienso que, si pudiera aniquilarme, me aniquilaría. ¡ Tiene todo el aspecto de un celoso!

— ¿ Está usted loco? ¿ A título de qué iba á estar celoso?

— ¡ Ah! Eso es lo que otro cualquiera, en mi lugar, se preguntaría indudablemente. Pero, yo, siento hacia ese pobre muchacho, benevolencia especial. Si está enamorado de usted — y tratándola ¿ cómo no ha de estar enamorado? — se explica fácilmente su mal humor.

— Pero, Mauricio ¿ ese hombre no sabe mi cariño hacia usted?

— ¿ Está usted muy segura?

— Podrá suponer lo que quiera, pero nada más. ¡ Carece de la certidumbre!

— ¡ Bueno! ¡ Creo que está usted equivocada! No he querido hablar de un descubrimiento que he hecho,

hasta tener aclaradas algunas dudas que sentía. Pero, desde la semana última... Mejor dicho, para hablar con toda exactitud, desde el miércoles próximo pasado...

— El día que estuve con usted...

— Sí. Adquirí la certeza de que nos vigilaban, y de que el vigilante era Treillard en persona...

— ¿Es posible? ¿Dedicarse á tan ruín tarea?

— Solo es ruín cuando se practica por cuenta ajena. Pero cuando se trabaja por cuenta propia...

— ¿Treillard, me espiaba?

— Estoy seguro. Lo he visto.

— ¿Cómo?

— Ya sabe que, cuando usted va á verme, tengo por norma la de no salir á acompañarla. Es una medida de prudencia. Yendo usted como va, cubierta por un velo, es imposible que la conozcan. Yo, en cambio, con el rostro descubierto, llamaría la atención sobre Ud. Cuando se marcha, me quedo en nuestro piso bajo, mirando tras los visillos, para cerciorarme de que la salida se ha efectuado sin dificultad. El miércoles último, acababa de salir, y, desde la ventana, la vi alejarse siguiendo la calle de Falsburgo, hasta la esquina de la de Logelbach, y en el momento de dar la vuelta, miré surgir de un cafetín á un hombre al cual conocí inmediatamente, á pesar de que llevaba el sombrero encasquetado hasta los ojos, y el cuello del gabán subido hasta las orejas. Era Treillard. El hombre apretó el paso y se lanzó sobre la pista. Rápidamente, tomé el abrigo y el sombrero

y corrí tras él. Quería averiguar lo que se proponía hacer. Sospechaba que no era obra de la casualidad el encuentro de ese mozo con usted, y me figuré que era el resultado de un acecho, practicado con intención poco tranquilizadora. Para estar emboscado en el café, era preciso que se hallase al corriente de la vida y de las costumbres de Ud. Conocía, pues, nuestros secretos, y había sorprendido el misterio de nuestras entrevistas. Todo esto se me ocurrió andando, mientras llegaba al boulevard de Courcelles. Treillard iba tras usted á cincuenta pasos de distancia. Yo caminaba más distante, á cien pasos cuando menos, para no llamar la atención. Por lo demás, esta precaución mía resultó completamente inútil. Ni una sola vez volvió la cabeza, ocupado únicamente en seguirla. Al llegar á la parada de carruajes Ud. tomó un coche. El perseguidor se detuvo, y allí terminó la aventura.

— ¿No intentó seguirme más?

— ¿Para qué? Evidentemente sabía ya lo que deseaba saber. Continuar hasta dejar á usted en esta casa, para nada le hubiera servido. Volvióse bruscamente, encendió un cigarrillo, y se alejó con vacilante paso. Yo, entonces, tomé el camino del Club y me dediqué á jugar una partida de *bridge*. Tal es la historia ó, para hablar con más exactitud, la primera parte de la historia.

— ¡Cómo! ¿Hay continuación?

— ¡Bah! Muy poco interesante, como peripecia, pero muy importante como confirmación de mis sos

pechas. Diariamente el Sr. Treillard sigue, observa y espía á usted, y de seguro no ignora nada de lo que usted hace.

La Marquesa permaneció un instante pensativa. Recordaba la brusca rebelión de Treillard, lo apremiante de sus exigencias, y la sombría tristeza con que, momentos antes, le hablara de los rumores que corrían acerca de sus relaciones con el señor de Roize. Ahora comprendía la irritación del literato traicionado, y apreciaba la altiva lealtad que le demostraba, continuando en el trabajo emprendido para ella, sólo porque se lo había prometido. También la dama empuñó promesas. ¿Cómo las cumplía? Mientras que el escritor en su estudio solitario, inclinado sobre la mesa, cubrió de menudos interlineados el manuscrito que se llevó de casa de la Marquesa, ésta, al lado del gallardo barón de Roize, olvidaba los servicios recibidos y las esperanzas que hizo concebir, y, tan entusiasmada con Mauricio como serena cuando se hallaba junto á Treillard, se complacía en ser ingrata.

— ¡Bueno! Si le parece á usted, Mauricio, no hablaremos más de ese incidente — dijo la señora de Sortais—Mientras que el Sr. Treillard no se permita alusiones, aparentaré ignorancia. El día en que me obligue á hablar...

— ¿Que hará usted ese día? — preguntó el joven, con curiosidad.

— Lo despediré, lisa y llanamente. Pero será discreto, porque le consta que mi carácter no es á propósito para sufrir impertinencias.

— Acaso el carácter de él tampoco sea muy propicio para tolerar desdenes...

— ¡Tendría gracia que se quejara! ¿Tanto le debo yo, después de todo? Lo he recibido en mi casa, le he dado entrada en mis salones, lo he presentado á mis amigos, y lo he limpiado de su bohemia. ¿Qué ha hecho por mí, en cambio? ¿Algunos artículos en diarios y revistas, para elogiar mis obras?... Supongo que ese hombre se hará cargo de la realidad.

— Y además, Marquesa, ocurra lo que ocurra ¿verdad que las mujeres se juzgan siempre en paz para con los hombres? ¡De ese modo se simplifican las cuentas!

La dama sonrió, dió levemente con el revés de la mano en la cara del Barón y le dijo con dulzura:

— ¡Ingrato! ¿Quiere usted que ajustemos juntos nuestras cuentas?